



SOCIALISMO Y LIBERALISMO

Rolando CORDERA CAMPOS

«If the ideal of socialism is now to be seen as problematic, the problem of socialism remains an abiding ideal. I would say that it is the best problem to which a political intellectual can attach himself.»

Irving Howe

En su ponencia sobre la *Crisis de la ideología...*, Eric Hobsbawm nos advierte sobre el carácter general, omniabarcante, de los cambios que ha vivido y vive el mundo de nuestros días. «Nos encontramos», afirma, «en una crisis de la ideología, la cultura y la civilización, aparte de los dramas políticos y económicos más inmediatos que se escenifican ante nuestros ojos. Al menos en la zona de la civilización y el desarrollo económico occidentales, ni la experiencia pasada ni las ideologías y teorías heredadas del pasado preindustrial o desarrolladas desde el siglo XVIII, parecen adecuadas para la situación del último cuarto de este siglo». La crisis así, a pesar del especta-

cular desplome sistémico e ideológico que hemos presenciado en los últimos tres años, con el colapso del comunismo y el bloque soviético, no es un atributo de uno u otro esquema de ideas o de organización político-económica, sino general.

Por otra parte, al examinar los términos de la confrontación entre doctrinas que ahora pareciera ceder el paso al reino de una de ellas, Hobsbawn nos señala la necesidad de ver los cambios y los modos de interpretarlos con una adecuada perspectiva y memoria históricas. La tentación binaria, nos advierte, la asimilación de todas las virtudes al triunfador (ahora el mercado libre) y todas las maldades al derrotado (el comunismo), facilita la retórica pero enturbia el entendimiento, tanto de la política como de la economía y de la propia historia que se despliega abrumadora sobre y ante nosotros.

En particular, el debate entre liberalismo y socialismo que todavía tiene lugar, «es conducido, en ambos lados, en términos erróneos». «Los socialistas de todas clases han cesado de creer en la posibilidad de una economía por entero no mercantil... Por otro lado, la creencia opuesta, la de que un mercado completamente sin control y libre asignaría los recursos de manera óptima, es dominante políticamente en grandes partes del mundo, aunque sea extraña desde el punto de vista teórico». «Haciendo a un lado el argumento teológico y la propaganda, hoy el debate entre liberales y socialistas no es entre el mercado sin control y el Estado que controla todo. En breve», consigna Hobsbawn, «la diferencia entre liberales y socialistas hoy no es acerca del socialismo sino del capitalismo... sobre sus límites... sobre los fines de la política pública... sobre las necesarias prioridades de la acción pública».

Este discurso, que Hobsbawn quiere elaborar para una *Política de la izquierda racional*, como se titula una reciente colección de sus ensayos políticos, permite un acercamiento menos irritado y más abierto al tema central de nuestra reflexión: la vigencia de las dos grandes ideologías «madres» de la modernidad y, como derivación obligada, la cuestión de si estamos en posibilidad de imaginar una nueva combinatoria viable y factible que sería el resultado de una fusión de ambas construcciones al calor de la crisis. Una fusión que daría lugar a un cambio de materia pero sobre todo a una recomposición y a un realineamiento de los componentes primigenios. Más química que alquimia. A ello se dedican los comentarios que siguen.

1.

Vale la pena empezar por una nota histórica. A diferencia de lo que pasa con las portentosas mutaciones que registran la economía y la política mundiales, y que son en gran medida inéditas, en el terreno de

las ideas político-sociales pueden detectarse antecedentes claros de tomas de conciencia razonadas e intelectualmente poderosas, que tuvieron lugar también al calor de la otra gran crisis que ocurrió entre las dos guerras mundiales del siglo XX.

No se trata, por cierto, de meras curiosidades históricas sino de registros y argumentaciones que aludían de modo expreso y notablemente actual a dos de las cuestiones centrales que hoy nos abruma: la incapacidad del socialismo marxista y del liberalismo del *laissez faire* para dar cuenta de la realidad de aquel tiempo y para construir salidas orgánicas a la crisis de entonces.

Carlo Rosselli, desde una isla-prisión italiana en 1930, y John Maynard Keynes, desde su casi solitaria y personal campaña por persuadir a sus contemporáneos de la necesidad de hacer a un lado la «sabiduría convencional», como luego la llamaría John Kenneth Galbraith, constituyen fascinantes ilustraciones de una búsqueda y una crítica formidables y vigentes; tal vez, incluso, todavía no realizadas a plenitud por nosotros.

Ambos autores sugieren la bondad de una suerte de deslizamiento conceptual y argumental que daría lugar a fórmulas de «socialismo liberal» (Roselli), o a un nuevo liberalismo (Keynes), que no serían simples acomodos de ocasión sino esfuerzos de adaptación política e intelectual a las difíciles y nuevas circunstancias del mundo de entonces.

2.

Son conocidas las críticas que Keynes hizo de las creencias económicas de su tiempo. La crisis del sistema político-económico keynesiano, que en poco puede atribuirse a sus ideas originales sobre la economía capitalista y sus desequilibrios, no invalida aquella crítica, y los embates dogmáticos en su contra más bien reivindicán las advertencias de Keynes sobre el *laissez faire* y los profundos fallos de la doctrina liberal. Para los fines de esta nota, basta con recordar las referencias de Keynes a Burke y Bentham, dos grandes nombres del conservadurismo histórico. Estas menciones, por contraste si se quiere, nos acercan más al mapa de confluencias entre las grandes ideologías adversarias.

Habría, dice Keynes, que recuperar en toda su fuerza la proposición de Burke sobre el desafío que implica, para el pensamiento jurídico y político, la delimitación de lo privado y lo público. Esta es una tarea que en realidad nunca concluye y, por tanto, no puede aceptarse como un mandato inmutable de cualquiera de las doctrinas políticas. Habría, también, que recordar a Bentham y sus nociones de agenda y no-

agenda para el gobierno, frente a lo cual sería necesario reconocer que probablemente lo que para Bentham era la no-agenda, el espacio que él preferiría en extremo amplio, se haría mucho más angosto en los tiempos modernos. Esta amplitud de la agenda pública, sin embargo, recoge los desarrollos y contradicciones de la vida moderna, más que las exigencias de una u otra ideología. Su determinación, así, sería más que nada el resultado de una exploración racional y menos la expresión de uno u otro sesgo político o ideológico. Si se piensa en los orígenes y la evolución de lo que hoy se conoce como el Estado de bienestar, no cabe duda de que la historia confirma en lo esencial ese aserto. Tanto en Gran Bretaña como en Alemania, las instituciones y políticas del «Estado ampliado» son en buena medida frutos de la acción de gobiernos conservadores y liberales, o bien de concertaciones transpartidarias, como las que conoció Gran Bretaña en los años 20.

3.

Roselli explora los rumbos de su socialismo liberal a partir de un mirador que hoy no deja de ser notable (1). Su crítica y su propuesta parten de «una crisis intelectual muy difundida en la nueva generación: la crisis del marxismo». Ante ella, nos dice el fundador de Justicia y Libertad, hay que considerar que el liberalismo no tiene ya por qué vincularse necesariamente con los principios de la economía liberal manchesteriana. El liberalismo, añade Roselli, se preocupa ya por lo social. Y el socialismo, «no sin dificultad», deja de ser utópico y se pregunta por la libertad y la autonomía.

Al hacer esto el socialismo, dice Roselli, al «admitir una esfera de libertad», «la necesidad histórica cae para dejar el puesto a la alternativa».

La política racional suele adjudicarse, o ser reclamada por el liberalismo que postula la centralidad de la razón para el ejercicio de la libertad. Pero frente a esto, la «iglesia socialista pide el derecho al libre examen y el fin de todos los catecismos». Citando a Renán, Roselli propone: «Los socialistas, educados sin saberlo ellos por los profetas, obligarán siempre a la política racional a contar con ellos...». Roselli concluye preguntándose: ¿es posible decir de una política que es racional si no tiene en cuenta en primer lugar la idea de justicia?

4.

¿Qué es, entonces, el socialismo? ¿Qué puede ser hoy y será mañana? O, como lo planteó Einstein hace ya muchas décadas: *¿por qué el socialismo?* Sin duda, la crítica de lo existente no puede sino llevar, una y otra vez, a plantearse la posibilidad y deseabilidad de un orden

distinto, de una sociedad y una economía alternativas. Pero la factibilidad de ello, y más aún su viabilidad, se han alejado de cualquier horizonte racional, más todavía si este horizonte se presenta como inspirado en la historia. Hoy, esta historia insiste en decir *no* a realidades alternativas, en el sentido de cualitativamente diferentes de las que hoy conforman el escenario mundial, y no sólo eso sino que se empeña en sugerir que la búsqueda de lo alternativo, en el sentido aludido, puede contener, predominantemente, posibilidades de perversión y reversión que despojan a la idea de toda deseabilidad racional.

5.

«La emancipación forzada», nos dice Roselli, «da vértigo». En esta perspectiva, el socialismo tiene en su agenda la necesidad de abordar los problemas de la justicia social y la vida colectiva «en el mismo plano de los problemas de la libertad y la vida individual». Tomado en su aspecto esencial «(el socialismo) representa la realización progresiva de las ideas de libertad y justicia entre los hombres» (Roselli). En el presente, Michel Rocard nos propone: el socialismo «representa el deseo colectivo de justicia social, de menos arbitrariedad, de una reducción de la desigualdad a un nivel que corresponda a la distribución de talentos, riesgos y responsabilidades».

6.

Estas ideas nos llevan a concebir al socialismo sobre todo como un movimiento *dentro* del capitalismo, como una crítica y una acción colectiva que, en su despliegue, cambia o puede cambiar los términos de intercambio entre los agentes económicos y sociales y la morfología de las clases mismas. La importancia de la crítica debe enfatizarse. «Las críticas de las sociedades totalitarias y aun del Estado de bienestar deben mantenerse tanto como sea necesario», propone Paul Ricoeur en una conversación con Rocard, «pero en cierto sentido esas críticas están detrás de nosotros. En vez de eso, lo que necesitamos iniciar hoy es una crítica del capitalismo como un sistema de distribución que identifica a todos los bienes como mercancías» (2).

7.

Sin duda, estas consideraciones no resuelven los núcleos duros de la problemática capitalista que el socialismo como programa y como movimiento siempre ha pretendido superar o abolir. Por otro lado, sin embargo, hay que reconocer y asumir que los horrores del totalitarismo han dado lugar no sólo a una crítica radical de la idea misma de sistema alternativo, sino a la denuncia vehemente de la acción política

misma, como advierte Rocard. Aquella problemática dura, de la explotación y la desigualdad, nos refiere sin remedio a la dimensión económica, pero habría que reconocer, como señala Rocard, que «no es sólo la crítica de la economía administrada, sino la propia realidad de esa economía la que también ha bloqueado la imaginación social».

8.

Quizás haya que admitir que no hay en el horizonte espacio racional y conceptual para «modelos alternativos» de economía. Pero en la agenda de las sociedades modernas, avanzadas y subdesarrolladas, siguen vivos y demandantes reclamos gigantescos de equidad e igualdad efectiva de oportunidades. La creación de capacidades públicas, estatales y no estatales, que den realidad material e institucional a esa aspiración es, con toda evidencia, una necesidad no resuelta y lo es más el desarrollo de sensibilidades culturales amplias que le den a la solidaridad un sentido moderno, a través de la acción comunicativa. No es éste, evidentemente, un inventario ocasional o contingente de problemas, sino un conjunto de carencias y conflictos, contradicciones y callejones estrechos y sin salida aparente, que demandan de visión histórica y ambiciones de cambio racional como los que han propuesto, en competencia o sucesión, el liberalismo y el socialismo. La magnitud de las tareas que nos deja la crisis de esta época tal vez conforme la gran oportunidad de saltar sus respectivas cercas y buscar un nuevo universo de valores y referencias político-culturales. En todo caso, la confrontación entre las doctrinas se ha vuelto ritual y rutinaria, muy lejos del desafío a la imaginación y la generosidad que en sus tiempos de gloria exigieron ambas.

(1) Carlo Roselli, *Socialismo liberal*. Editorial Pablo Iglesias, 1991.

(2) «Justicia y Mercado», Michel Rocard y Paul Ricoeur. *Leviatán* 47, Primavera de 1992.